

## 2

El tráfico era escaso a esas horas. Toda la ciudad permanecía desierta y sólo esporádicos conductores, haciendo alarde de una excesiva temeridad, se cruzaron con él a velocidad superior a la permitida. La noche y sus oscuridades servían de coartada para quienes, como él, parecían buscar un destino incierto que la madrugada hacía más fácil de alcanzar porque las calles eran como pistas de carreras a disposición de los náufragos de la noche en busca de puertos donde recalar. Veía las luces de los escaparates y la de los semáforos que le golpeaban con sus reclamos multicolores como si quisieran hacerle más patente la soledad de aquellas calles que ahora le parecían más desiertas que nunca. Notaba el latido de su corazón en las sienas que le martilleaba como un eco repetitivo y monocorde que era el reloj descompasado de unas horas que se prometían especialmente largas y difíciles. Conducía velozmente como queriendo llegar a esa casa que le aguardaba vacía de todas aquellas presencias que antes le daban un sentido, un motivo para volver a ella cada día. Sabía, con la certeza lúcida del condenado que ha leído su sentencia, que aquella casa era ahora el mausoleo de su propia vida familiar, la que se había quedado ya deshecha tras las líneas de aquella despedida de su mujer que aún le resonaban en la mente como el eco de un fatídico presagio sobre su propio futuro ya deshabitado de aquellos seres que ahora estarían empezando a borrarle de sus vidas, al igual que se intenta borrar una mancha sobre un rico tejido, procurando que su huella desaparezca del todo para no perjudicar el preciado tramado de la tela. Sentía una fría y amarga sensación de irrealidad ante lo que hacía solo unas horas era una remota posibilidad y ahora tomaba ese fulminante cariz de veracidad que ya era irreversible. Recordaba las palabras tantas veces oídas a Otto, quien en un alarde de cínica advertencia le había repetido demasiadas veces: “No te fíes demasiado. Ellas siempre terminan por enterarse, antes o después”.

Las calles parecían desfilarse velozmente tras los cristales del coche y cuando llegó a su domicilio, después de encerrar el vehículo en el garaje, sentía como las manos le temblaban al meter el llavín en la cerradura. Encendió todas las luces que encontraba a su paso, en un mudo y desesperado gesto de iluminar aquella parcela de su vida que se había quedado ya a oscuras definitivamente tras la marcha de quienes, presencias acostumbradas y cotidianas, se hacían más patente en su propia y definitiva ausencia como el eco doloroso de un vacío que, por momentos, se iba haciendo en su corazón que se resistía a reconocer la verdad que su cerebro sabía era evidente e incuestionable: la de que estaba ya irremediablemente solo, perdido en aquel amplio piso que ahora le parecía la cárcel de sus propios sentimientos, contradictorios y confusos, que se debatían por salir a la superficie. Miró en cada una de las habitaciones, como tratando de comprobar que no estaban allí sus moradores ni sus pertenencias personales. Los armarios estaban vacíos de ropa, libros y objetos personales de los chicos y de Marta. Todo le hablaba de la huida premeditada y definitiva de quien se marcha llevándose todo lo que le pertenece y sin querer dejar nada tras de sí, para evitarse la molestia o la ocasión de tener que volver a por ello, horas o días después. Aquellos armarios y estanterías vacías le hablaban más elocuentemente del nuevo derrotero que tomaba su vida que las propias líneas manuscritas de su esposa y que parecían quemarle en su recuerdo desde que leyó, con infinita cólera y un gesto de incrédulo estupor, aquel mensaje que le pareció un mazazo terrible en su calidad de ultimátum y recibido de forma tan imprevista.

Se dirigió al salón y se sentó en el sofá, amplio barco a la deriva en el que había naufragado muchas veces el deseo de comunicación de ella y los cables que le tendía en un desesperado intento por entender, por saber, lo que él no podía decirle y siempre tenía que negar ante el gesto de amarga incredulidad de su mujer que se sentía nuevamente rechazada en su deseo de aclarar lo que le sucedía a él y a su matrimonio. Recostó la cabeza en el amplio respaldo del sofá sin cerrar los ojos, mientras miraba el techo que le parecía más cercano que nunca, como si todo se volviera cada vez más pequeño, más opresoramente asfixiante. No podía pensar en nada, ni siquiera tenía fuerzas para servirse una copa, esa que ansiaba tomar para intentar llenar el vacío que, como un agujero, le horadaba el estómago y el cerebro. No era capaz de reacción alguna ni de rebelarse ante lo que era la propia aceptación de su soledad irremediable. Miraba a su alrededor, y sentía que aquella casa, el hogar que antes fue suyo, se desmoronaba por momentos. Él, que había sido el arquitecto de tantos edificios sólidos y funcionales, no era capaz de sostener en pie el armazón de su vida conyugal porque un error de cálculo le había destruido los cimientos y ahora le caían los cascotes encima de la cabeza. No podía culpar a nadie más que a sí mismo, pero esa aceptación de su propia culpa ya no le serviría de nada para remediar lo que se había consumado: la catástrofe de

su vida familiar y el dolor que otros, especialmente su mujer, estaban pagando por lo que era sólo culpa de su propia cobardía, incapaz de reconocer una identidad que él no había elegido ni buscado, ni tampoco había sabido aceptar con dignidad y sin dejar viciadas a su espalda.

Siguió allí, sentado en aquel salón en el que se sentía perdido y sin saber qué hacer, porque algo le decía que ya no podía hacer nada, sólo aceptar de una vez lo que tanto tiempo quiso tapar ante los demás. Sentía una especie de liberación por el hecho de que ya no tendría que seguir mintiéndole a ella, ni a sí mismo cuando buscaba en otros cuerpos lo que nunca podría darle su mujer, no por incapacidad amorosa de ella, sino de él para gozar amándola. Se preguntaba cuál había sido la causa de que esas tendencias hubieran aflorado en sí mismo. Siempre procuró saber la razón de las mismas y no encontró nunca una explicación en libros ni en especialistas. Todas las posibles teorías eran confusas y contradictorias, las que hablaban de ello como si fueran los síntomas de una enfermedad, y otras como productos de la depravación o vicio, pero ninguna hablaba de las causas psicológicas o anímicas más íntimas y profundas, tomando al ser humano globalmente como un todo formado por mente y cuerpo, y no como un simple conjunto de órganos y sistemas que cumplían unas determinadas funciones biológicas, al igual que los diferentes engranajes de una maquinaria cumplen sus funciones específicas, permitiendo así que el mecanismo pueda funcionar a la perfección. Muchas veces se había preguntado si su propia relación con su madre habría sido determinante para que él fuera ahora como en realidad era y no como le hubiera gustado ser. Aquella frialdad materna, siempre huérfana de ternura o de alguna demostración de cariño y en cuyo gesto sólo había dos matices alternativos: la frialdad o el rechazo, sería la causa de que buscara en la figura paterna, ausente y siempre viajando, la compensación gratificante del cariño que nunca vio en su propia madre, y el motivo que le empujaba a rechazar en su mujer esa ternura sincera que siempre le mostró, porque en ella, como mujer más cercana, veía reflejado, paradójicamente, el rostro de una madre huraña, tan distinta a su esposa, pero como a aquella nunca pudo devolverle el daño recibido, era su esposa, Marta, la receptora de un rechazo que en sus años infantiles recibió de la mujer ya muerta que le había dado la vida pero que constantemente le negó la ternura. Siempre tuvo dificultades de comunicación con las mujeres, en general, ante las que se sentía tenso y cohibido como cuando sentía sobre él la mirada adusta de una madre siempre enfadada y lejana. Su padre, con el que mantuvo siempre una excelente relación e identificación, fue el único receptor de sus emociones infantiles porque en él encontraba la comprensión que le negaba la figura materna. Sólo cuando aquél faltaba del hogar se sentía tan profundamente solo y desdichado como ahora, en esas horas de la madrugada en un piso solitario donde había antes unas personas que nunca le defraudaron, como su padre tampoco lo hizo en los

años lejanos de su niñez. A éste, sin embargo, le correspondió con su afecto, pero a su mujer e hijos les trató con aquella fría indiferencia sufrida por él en su infancia, como si hubiera hecho una trasposición de personas y él mismo se hubiera transformado en aquella madre siempre adusta y hostil, mientras su mujer e hijos representaban a la imagen débil, y por eso vulnerable, que siempre fue de niño.

Se levantó y fue hacia la terraza, donde el frío de la noche le despejó el dolor de cabeza producido por la tensión. Se preguntó dónde estaría su mujer e hijos, sintiendo que un peso se le instalaba en el estómago ante aquel vacío que le rodeaba. No sabía la respuesta, pero tampoco le serviría de mucho conocer su paradero, pues la nota de ella era tajante y no admitía posibilidad de vuelta atrás.

Volvió al salón, sin saber qué hacer en aquella casa que ahora le parecía una cárcel, la más terrible de todas porque en ella estaba junto a él su propia conciencia, la de quien se sabe no inocente pero tampoco culpable, aunque sentía, mirando las fotografías de su mujer e hijos dispersas por el salón que la vergüenza afloraba a su alma, la que nunca sintió antes de ser descubierto en aquel oscuro juego de doble vida. Era evidente que la víctima de todo había sido ella, la dulce y, a la vez, fuerte mujer que no pudo compensarle, a pesar de sus esfuerzos, de aquella carencia afectiva de su niñez y de su incapacidad emocional para entablar una relación interpersonal en la que ella no se sintiera tan herida. Ahora lo miraba desde una de las fotografías enmarcadas con ese gesto tan peculiar en ella, con la cabeza inclinada y mostrando una sonrisa especialmente dulce y exp resiva en la que flotaba la misma sensibilidad y firmeza con la que siempre le hablaba. Era la única que había pagado por aquel engaño mantenido por él desde el principio de su matrimonio, por su propia cobardía de no aceptar lo que era una realidad en su propia naturaleza y que había terminado por romper todas las barreras de sus más íntimos prejuicios morales y le llevaron a buscar el placer en su más alta cota en los cuerpos de quienes solo le podían proporcionar sexo sin ningún atisbo de sentimientos, pero en los que encontraba el placer sin cortapisas, abandonándose a él, sin reservas ni reparo alguno. Toda la tensión que le producían sus continuas mentiras para ocultar aquella verdad que le irritaba reconocerla como suya, pero a la que no podía renunciar ni deseaba hacerlo, había sido el detonante de las continuas discusiones en las que siempre negaba sus propias contradicciones y la dejaba a ella con la sensación de que sus intentos de aclarar los sentimientos, las acciones de él, eran vanos y sólo despertaban su agresividad porque él no podía ni quería decirle algo que solo aceptaría con pruebas, pero no ofreciéndole aquella verdad de forma espontánea que destruiría, irremediablemente, su matrimonio. Ahora, aquella zona oscura de su vida había quedado al descubierto, y eso le liberaba de aquella mordaza puesta ante su mujer y la sociedad, pero tendría que pagar caro por ello. Sintió una punzada de dolor por el daño que alguien como ella había tenido que pagar como tributo innecesario por un error ajeno, basado en la

impostura de una realidad no aceptada por quien era su único protagonista y, por ello, deudor de una sinceridad que nunca supo tener con quien le había ofrecido su propia alma de mujer, su verdadera naturaleza, sin artificios ni mentiras.

La madrugada seguía avanzando mientras permanecía derrumbado en el sofá, único varadero para quien ahora se sumergía, por primera vez, en las profundidades de su propia realidad falseada y empezaba a comprender que allí no había más víctimas que su propia mujer e hijos, porque él sólo era el artífice de aquel dolor que, por injusto, le parecía cada vez más profundamente vergonzoso para sí mismo. Había intentado quemar en la hoguera de su vanidad, para así no tener que reconocer ante los demás su propia naturaleza a pesar de ser incapaz de renunciar a dar rienda suelta a sus inclinaciones, a unos seres que, como ella, le había ofrecido siempre su sinceridad a ultranza y su amor por él, quien había correspondido con la mentira y el engaño cuando se dio cuenta de que sus sentimientos hacia ella se habían desvanecido y solo existían como un recuerdo de aquellos primeros tiempos de su relación en los que aún jugaba con la verdad sobre sí mismo como un trapecista que hace equilibrio sobre el alambre, acuciado por su propia juventud que hacía enardecer sus sentidos. Eso le impulsó a enamorarse de aquella gracia y feminidad de quien después demostró ser una verdadera mujer y ante la que, por su miedo a perderla, ocultó en los primeros tiempos de su matrimonio su propia identidad, velando las dudas de ella con su propia negativa a aceptar algo que estaba en su interior desde hacía mucho tiempo pero a lo que intentaba sofocar entonces con la siempre fácil artimaña de no querer detenerse a profundizar en ello. Sólo poco tiempo después de su boda empezó a vislumbrar su auténtica naturaleza y el abandono total y paulatino de todo obstáculo interno para dar rienda suelta a esos mismos impulsos y apetencias que, una vez satisfechos, fueron anestesiando su propia conciencia y adormeciendo sus ya escasos escrúpulos ante el engaño y la falsedad de aquella doble vida en la que encontraba la plena exaltación de los sentidos y la verdad de sí mismo que se le presentaba envuelta en un lienzo en el que se plasmaban los nuevos placeres a cuyo disfrute se abandonaba ya sin ningún reparo.

Mientras encendía un cigarrillo que había cogido de una tabaquera cualquiera, costumbre extraña en quien solo fumaba en pipa, pero a la que se sentía incapaz de cargar y encender en esos momentos en los que permanecía como lastrado por un peso que le aplastaba contra el sofá, comprendía que la motivación secreta de su deseo de casarse no era otra que tener una coartada ante sí mismo y ante los demás, porque así intentaba convencerse de que él no era aquello que algo íntimo le empezaba a mostrar, a insinuar, despertando su rechazo y su incapacidad de aceptación de lo que significaba aquella inquietud y desasosiego continuo en sus relaciones sentimentales, tanto con la que después fue su esposa, como con las mujeres que antes había conocido íntimamente.

Se levantó del sofá para prepararse un café pues necesitaba el calor reconfortante de la aromática infusión en un intento de recobrar esa perdida atmósfera hogareña ya irrecuperable y porque quería permanecer despierto toda la noche, tratando de poner sus ideas en orden, ya que tendría que tomar decisiones oportunas y rápidas aunque solo fuera para no sentirse aún más hundido en aquella soledad y silencio que lo rodeaban. Mientras encendía la cafetera, con manos casi temblorosas, pensaba en que siempre había dejado que la vida le obligara a tomar unas decisiones que por su propia iniciativa se sentía incapaz de adoptar para llevarlas a la práctica. Esa especie de oposición que sentía a actuar espontáneamente parecía provenir de su niñez, en la época en que estaba sólo con su madre y hermanos y notaba en los ojos maternos aquel frío al mirarlo que le hacía desistir de cualquier travesura o capricho, y que, poco a poco, fue creándole una cierta capacidad de resistencia ante ella cuando se daba cuenta de que su mejor venganza era hacer lo contrario de lo que su madre esperaba o deseaba que hiciera. Cuando lo enviaron a casa de unos familiares maternos residentes en la capital de provincias, con la excusa de que allí le sería más fácil terminar el bachillerato, sintió que una desolación mayó entraba en su vida. A la vuelta a casa en vacaciones, sabía que su forma de vengarse de ella por el destierro que le había impuesto, enviándole a estudiar lejos, era ejercer una oposición muda, pero constante y pasiva, a todos los deseos o mandatos implícitos que recibía de su madre. Tenía que pagar por el amor que nunca le dio, por la frialdad de aquellos ojos en los que él quiso mirarse y verse reflejado cuando era niño y sólo encontraba el vacío de la indiferencia y el rechazo.

Se sirvió el café en una taza y se dirigió de nuevo al salón, sentándose en el mismo sofá, mientras sus recuerdos parecían asaltarle. Nunca le preguntó a su madre porque lo rechazó desde su nacimiento, pero esa actitud de ella le marcó para toda su vida. Su propia obstinación en no querer tomar decisiones importantes, como hubiera sido la de poner fin a un matrimonio que sólo podía convertir a su esposa en una mujer desgraciada por ser víctima de aquel engaño, y a él en alguien indigno y falso por la doble vida que llevaba, estaba fundada en el rechazo instintivo a todo lo que significara hacer lo que los demás esperaban o deseaban que hiciera, como si con ello volviera a recuperar aquella rebeldía infantil hacia la actitud hostil y distante de su madre que nunca le enseñó a respetar a los demás, porque jamás respetó la sensibilidad infantil de aquel niño que él había sido, huérfano de todo afecto.

Allí, a su lado, el mensaje de su esposa parecía quemarle. Lo cogió mirando aquel papel que había cambiado toda su vida. Miró aquellas letras, curvas y graciosas, en las que estaba impresa la delicada feminidad de quien lo había arrojado de su vida, devolviéndole en un minuto todo el rechazo y el desdén que había recibido de él, por lo que ahora comprendía muy bien cuáles habían sido los sen-

timientos de su esposa en todos aquellos años. Iguales a los de él al leer aquellas líneas que le arrebatában todo lo que había significado algo importante en su vida, aunque ya fuera demasiado tarde para comprenderlo; inútil apreciación que no podía volver las horas hacia atrás y detener aquel minuto aciago en el que él intentó por primera vez hacer compatible su propia naturaleza y su vida conyugal.

Miró aquellas palabras y volvió a leerlas, como queriendo comprender todo el significado de horror que para él encerraban:

“Arturo:

*Cuando leas esta nota los niños y yo habremos abandonado para siempre la casa que una vez creí mía también. Esta mañana, mi abogado ha presentado una demanda de separación en el Juzgado, aunque he omitido alegar como motivo el contenido del informe y las fotografías, cuyas copias adjunto. Sobran las palabras y las explicaciones.*

*A partir de ahora, la comunicación nuestra será a través de los abogados. No intentes localizarnos, presionarnos de alguna forma u oponerte a la separación, porque entonces me veré obligada a mostrar públicamente ante las familias respectivas, amigos y colegas tuyos, el motivo de mi decisión, acompañando las pruebas de que dispongo. No quiero causarles ese dolor y vergüenza a los niños, ni a nuestras familias, porque no se lo merecen. Desde luego, no quiero destruir en ellos la imagen de su padre más de lo que has contribuido tú mismo por otros motivos.*

*El Juez determinará el régimen de visitas y la pensión alimenticia para los niños. Yo no quiero nada. Me llevo sólo mi ropa, los objetos de uso personal (entre los que incluyo los libros comprados por mí) y los objetos y muebles que heredé de mis padres. Todo lo demás es tuyo, incluida la vergüenza y asco que siento en estos momentos.*

*Sólo lamento una cosa en mi vida: haberte conocido”.*

Así, sin firma, sin nombre, haciendo más patente la frialdad, el rechazo y la lejanía, como si no hiciera falta más identificación de quien era la autora de aquella despedida irremediable y definitiva tanto como lo era la angustia de su destinatario. Se derrumbó sobre el sofá, sosteniendo aquel papel sobre su pecho, queriendo que el calor de la mano que había escrito sobre él le llegara a través de la tela de la camisa. Inmóvil y en silencio, se quedó tumbado mientras con un brazo se tapaba los ojos, queriendo negarse a ver aquella soledad que lo rodeaba en la que aún sen-

## TRAS LA PUERTA CERRADA

tía el eco de las voces que tiempo atrás llenaron aquel salón, aquella casa y aquella vida que ahora le parecían inútiles, equivocadas y también vacías.

Sólo cuando empezaba a clarear tras los cristales se dio cuenta de que algo mojado le corría por las mejillas, buscando la sinuosa curva de los carrillos y fue entonces cuando, borracho de soledad y dolor, dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos con fuerza, sin impedimento, mientras los sollozos no se oían porque lloraba con la boca abierta, incapaz de proferir el menor quejido, como si esa mordaza que le había tapado la boca durante tantos años ahora le impidiera gritar el nombre que parecía querer brotar de sus labios que permanecían abiertos, mientras en ellos se dibujaba una palabra que poco a poco se fue haciendo audible, repitiéndola una, dos, tres veces: ‘perdóname, perdóname, perdóname’, cuyo eco parecía entrechocar con las paredes y alejarse por el solitario pasillo, entrando en cada una de las habitaciones ya deshabitadas y en las que se perdía aquel sonido lastimoso como la señal inequívoca que aquella casa se había quedado definitivamente vacía.